

ANNE  
STERN

LUCES Y  
SOMBRA  
S EN BERLÍN

Una valiente comadrona  
en la década de 1920

*Traducción de:*  
SUSANA DE ANDRÉS



MAEVA

*—Qué extraño —dijo Wolfgang—, fuera reina un silencio espectral, la luna brilla y aquí dentro interpreta usted una vida aparente. Y nosotros llegamos, no sabemos nada de las circunstancias del primer acto y permanecemos serios.*

*Rheinsberg*  
Kurt Tucholsky, 1912

# Prólogo

Miércoles, 24 de mayo de 1922

EL OSO ESTABA erguido, parecía bailar. A su lado, el ciervo inclinaba hacia el suelo su poderosa cornamenta como si se rindiera. Rita acarició con los dedos el frío cobre de las feroces cabezas de león, que también estaban grabadas en la barandilla de hierro del puente y destellaban la luz amarillenta de las farolas. Alzó la cabeza y vio pasar el tren por la vía elevada, recortándose en el cielo de Berlín como la cola de un cometa, para desaparecer en la incipiente oscuridad nocturna en dirección a la Potsdamer Platz. Los faros se reflejaron en la negrura del agua, a sus pies.

Había sido un día cálido en el que ya se insinuaba el verano, y durante el cual habían caído un par de chaparrones. El tiempo propio de abril en mayo. Un ligero viento se levantó en ese momento, empezó a jugar con las pequeñas hojas de las hayas y los tilos, acarició los troncos de un gris plateado que brillaban en el crepúsculo, y Rita se estremeció. Se agarró a la barandilla y bajó la vista hacia el agua que corría por el Landwehrkanal. La atracción del abismo.

En los primeros años de su matrimonio, ella y Konrad solían ir a bañarse, preferentemente en el Wannsee, donde la playa de arena se adentraba con suavidad en las pequeñas olas y el agua les bañaba los pies mientras la cabeza de Konrad subía y bajaba como una boya en el lago. Como ella no sabía nadar, se quedaba allí a contemplar el margen verde de la orilla, a los niños que jugaban.

Sonrió al recordarlo. ¡Qué bañadores se llevaban entonces —le vino a la cabeza—, sobre todo las mujeres! Unos bombachos largos, encima un vestido y hasta un gorro. Eso era antes de la guerra.

Con un suspiro Rita repasó su indumentaria. Llevaba un vestido finísimo, casi transparente de tanto lavarlo, que dejaba al descubierto los brazos y el marchito escote, y unos zapatos de tacón alto. Se había envuelto los huesudos hombros con un pañuelo de lana porque las noches de mayo todavía eran frías. Notaba en la cara el maquillaje, reseco en las arrugas de la piel. Nada quedaba de la muchacha de aquellos tiempos. Ni siquiera su cuerpo le pertenecía, lo vendía cada noche por un par de marcos.

Las otras mujeres le habían entregado un sobrecito que había dejado para ella un admirador. «Admirador.» Así llamaba Rita para sus adentros a los hombres con los que dormía por dinero, aunque era una palabra que, a su pesar, había pasado de moda. Y además una mentira. Pero la ayudaba a soportar algo mejor la miseria.

«Ese misterioso desconocido solo quería a Rita la Rápida», había murmurado Marie entre labios, cubiertos de una espesa capa de carmín, y todas las demás habían soltado una risita despectiva. Pero ella no se había dejado intimidar, pese a que aborrecía ese apodo, y había leído la carta. Alguien le pedía que lo esperase esa noche en el puente de Köthen. Encogiéndose de hombros, se había guardado el sobrecito en el escote y, entretanto, había salido en busca de algún transeúnte sediento de amor a quien no le importaran ni su cabello ralo ni sus arrugas, siempre que le prestara el servicio por el que pagaba.

Otro tren se alejaba con su traqueteo en la distancia, por encima de su cabeza, y Rita sintió que la invadía una extraña inquietud. ¿Dónde se habría metido su cliente? Ahí estaba desperdiciando el tiempo, dejando a las otras su clientela de Bülowbogen mientras esperaba en vano.

En el cielo, las estrellas titilaban levemente, las hojas de los árboles susurraban una canción conocida. «Qué lugar tan hermoso», pensó, sin embargo.

De repente, alguien la agarró por detrás. Con firmeza. No tuvo tiempo de gritar porque una mano le tapó la boca. Pero en su interior sí gritó, luchó contra el miedo a la muerte que la poseyó cuando vio el centelleo negro en el fondo. No oyó nada, solo un jadeo. Vio una sombra vaga e indeterminada que se proyectaba sobre la barandilla. Entonces levantaron su flaco cuerpo y lo arrojaron sobre el pasamanos de hierro, y, mientras caía, todo en ella se convirtió en frío y vacío. Rita pensó que tal vez nadar fuera como volar, o al revés, y que en adelante sería un pájaro, un pez o algo distinto, pero ya no Rita la Rápida.

Eso fue lo último que pensó antes de que las aguas negras del canal se cerraran sobre su cabeza y ella abriera bien la boca para darle la bienvenida a la muerte.

# 1

Sábado, 27 de mayo

«HULDA GOLD NO es una chica como las demás», pensó Bert mientras la miraba desde su kiosco, un pequeño pabellón. El modo en que cruzaba la Winterfeldtplatz, en el que no caminaba, sino que la surcaba, impresionaba a todo el que la veía. Una figura delgada y alta, quizá demasiado alta, por lo que encorvaba un poco los hombros, con la falda larga hasta las rodillas, una blusa azul y una gorra de fieltro roja sobre la melena bob. Se abrió camino entre los puestecillos y tenderetes, cambió de repente de dirección, giró alrededor de una amplia maceta de la parada de Erika Grünmeier y se detuvo justo frente a la ventana del kiosquero.

Bert se enderezó la pajarita de seda y sonrió ante su propia conducta. ¿Tanto lo impresionaba una jovencita como Hulda? Podría ser su padre, incluso su abuelo. Pero ¿acaso no estaban todos un poco enamorados de ella allí, en la plaza?

—Buenos días, señorita Hulda —la saludó con un deje de solemnidad en la voz. Hizo una pequeña inclinación. Le pareció que tenía aspecto de estar cansada, unas sombras le rodeaban los ojos azul grisáceo. Y, como siempre, el ojo izquierdo de la joven se desvió un poco de él, como si Hulda no acabara de decidir hacia dónde quería mirar en realidad.

—Buenos días, Bert —respondió ella sin aliento—. ¿Cómo andamos?

—No puedo quejarme. —Señaló las vitrinas en las que se amontonaban pilas de diarios y revistas, los soportes de alambre donde estos colgaban con pinzas y donde las letras y titulares competían por ser los primeros en atraer la atención—. La gente quiere leer cada día las novedades sobre el divorcio de la actriz Greta Schröder, cuál será el precio del pan y cuándo estará madura la fresa este año, y esto antes que nadie. Ni que los diarios se agriaran como la leche cuando no se bebe. Desde las seis de la mañana, medio Schöneberg me está dando la paliza.

Miró a su alrededor.

—Pero, por el momento, todo el mundo parece servido. No hay bocas ávidas de letra impresa a las que alimentar.

Hulda asintió y esbozó una sonrisa. A Bert le pareció distraída y sintió una pizca de enojo. Los ojos claros y algo estrábicos de la joven exploraron la plaza y acariciaron los arbustos de espino albar con las florecillas blancas alrededor antes de tomar de forma distraída un diario y leer los titulares. Durante semanas, las portadas de los periódicos se habían visto dominadas por el tratado germanosoviético que el ministro de Exteriores del Imperio, Rathenau, y el comisario del pueblo, Chicherin, habían firmado en la ciudad italiana de Rapallo. La izquierda había celebrado el acuerdo con los soviéticos, mientras que la derecha bramaba enfurecida en su contra. Eso había ocurrido en abril. Entretanto, la primavera se había extendido en Berlín, las lilas habían florecido y la estación se acercaba a su fin. El verano estaba a la vuelta de la esquina.

«El año de 1922 ha sido hasta el momento relativamente tranquilo», pensó Bert mientras cerraba un momento los ojos a causa de un rayo de sol que se había extraviado bajo la marquesina del kiosco. Pero él ya había sufrido lo suficiente en su larga vida para percibir que, bajo aquella superficie, la joven República hervía a borbotones. «Las apariencias engañan, no se ha perdonado ni olvidado nada. Todos los muertos en la Gran

Guerra...», recordó, pasándose la mano por el magnífico bigote. Años y años de penuria. Los asesinatos políticos que desde el final del conflicto constituían el orden del día en Alemania. Luego, un par de meses de calma aparente y, a continuación, como respuesta necesaria a una pregunta sin plantear, el golpe militar cuando la Brigada Ehrhardt ocupó, dos años atrás, el distrito gubernamental.

BERT OBSERVÓ A Hulda, el ceño fruncido bajo la gorra y los labios algo abiertos mientras leía los titulares. ¿Recordaría el golpe de Estado? La democracia apenas tenía un año, todavía era una niña inocente a quien ya se le agredía. De nuevo había habido muertos y muchos heridos, los golpistas habían ocasionado un baño de sangre. Pero los berlineses sabían defenderse; también ahí, en Schöneberg, habían hecho huelgas y paralizado el tráfico de la calle mayor hasta que los nacionalistas salieron como ratas del ayuntamiento. En un principio eliminar vuelto a una paz incierta, pero, bajo la superficie, el resentimiento de la población se alzaba en contra de un acuerdo draconiano según el cual Alemania era la única perdedora de la guerra, y tenía que cargar con unas exorbitantes indemnizaciones económicas. Muchos calificaron el tratado de Versalles de paz humillante. Desde hacía algún tiempo, unas fuerzas invisibles se concentraban para alzarse contra al honor perdido, contra la misma democracia. ¿Qué sería lo próximo que ocurriría?

Hulda levantó la vista.

—No hay noticias aterradoras —confirmó, como si le pudiera leer el pensamiento.

—Todo está en calma —farfulló Bert. ¿Por qué, entonces, se atormentaba con temores y quimeras cuando el sol brillaba sobre los techos de Schöneberg y las peonías de Grünmeier competían en esplendor con los alhelíes encarnados? Tras tanta



colorida magnificencia se erigía mayestática en la plaza la alta torre de la iglesia de san Matías, el guardián infatigable.

—¿Tiene libre la señorita este soleado día?

—Sí, no más visitas por hoy. Y hasta ahora tampoco ha llegado nadie corriendo para que atienda a una mujer con contracciones. Qué suerte. La noche pasada fue demasiado corta. —Hulda bostezó y se olvidó de taparse la boca con la mano—. Ayer por la tarde una mujer rompió aguas y no volví a casa hasta el amanecer.

—Espero que todo fuera bien.

—Sí, un varón sano. El cuarto, por cierto. No tendrá respiro. El marido trabaja por turnos de tornero y ahora tiene seis bocas que alimentar.

Bert asintió. Pese a todo lo colorida y alegre que era la plaza del mercado, el día a día de la gente modesta en las viviendas de alquiler de Schöneberg era duro y lóbrego. Se estremeció al pensar en que también él provenía de esa miseria, de ese tufo a ropa húmeda y váteres exteriores, a cuerpos sin lavar y a miedo ante la próxima factura de gas impagada. Se pasó la mano por el chaleco recamado, agarró como un talismán la cadena de oro del reloj que le colgaba del bolsillo del pectoral y respiró hondo. Observó a Hulda. ¿Se habría dado cuenta? No le gustaba recordar ese pasado tan lejano y nunca hablaba de él.

Sus temores eran injustificados. Los ojos de Hulda se apartaron de nuevo de él para dirigirse a la plaza, deslizarse por la abundante selección de quesos del granjero Peter, cuya fragancia llegaba hasta el kiosco, y pasar de largo por el organillero. La nostálgica melodía de la conocida canción, en opinión de Bert interpretada en exceso, inundó la atmósfera. «Fue en Schöneberg, en el mes de mayo...» Pero Hulda no parecía prestar atención. En lugar de ello observaba con los ojos entrecerrados el café Winter, donde el hijo del dueño colocaba en ese momento las sillas en la acera. El aroma del café molido se aproximaba y

flotaba en el ambiente. Bert sonrió entendedor cuando advirtió la mirada de la joven. Así que esa era la causa de que la señorita Hulda estuviera tan dispersa.

—¿Cómo le va a nuestro querido Felix?

Hulda se estremeció con disimulo. Lo miró y rio indecisa.

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—Señorita Hulda —dijo Bert con un amistoso tono de reproche—. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Es que no soy un buen amigo? Conmigo no tiene que hacer ningún teatro. De todos modos, sería una mala actriz, siempre la traicionan los ojos.

El rubor cubrió las mejillas de Hulda. Removió las piedras con la punta de las botas.

—¿Cómo le debe de ir? Supongo que bien. El local es un hervidero, los clientes hacen cola y la caja no deja de sonar.

—Me refería a su corazón.

—Eso no lo puedo juzgar yo, Bert. Ya hace tiempo que no tengo nada que ver.

El kiosquero contuvo una risita.

—Seguro que el corazón del chico tiene otra opinión. Pero no pasa nada, no voy a atormentarla más. Me doy por enterado y, si alguien me pregunta, transmitiré esa versión oficial de la historia: la señorita Hulda, comadrona ambulante de la Winterfeldtplatz, no tiene nada que ver con el corazón del joven señor Winter.

—Gracias, muy amable —respondió Hulda con un tonillo cáustico.

Bert prosiguió en voz baja:

—Pero ¿en qué estado se encuentra, si me permite pese a todo una última pregunta, el corazón de la señorita?

—Cumple con sus obligaciones. —Hulda le apuntó al pecho con un ejemplar del periódico enrollado como si fuera un arma—. ¿Cuánto le debo?

Bert aceptó con un suspiro las tintineantes monedas, movió la cabeza y se quedó mirando a Hulda, quien, con un gesto

altivo, se marchó rumbo a la panadería Wiese, donde con toda probabilidad iba a comprar, como la mayoría de la gente, los típicos panecillos berlineses, un *Schrippe* de harina trigo y un *Schusterjungen*, también de harina y centeno. El golpeteo de sus tacones sobre los adoquines tenía un tono tan lleno de reproche que el kiosquero se preguntó si no había llevado la broma demasiado lejos. Pero hacía años que la joven era un misterio para él. La conocía desde que andaba de niña por la plaza con las medias resbalándole por las piernas y esa mezcla de orgullo y vulnerabilidad que todavía hoy veía en su rostro. De vez en cuando le daba a la pequeña un par de *drops* o algo de regaliz, aunque percibía por su expresión que esas chucherías no le aliviaban el hambre. Más tarde había caído en la cuenta de que el hijo de los Winter se había enamorado de Hulda, y durante unos años todos, allí en la plaza, habían supuesto que el dulce joven de ojos castaños se casaría con la vivaracha Hulda, y que ambos fundarían una familia. Pero entonces la guerra había arrasado sus vidas, y todo había cambiado.

Un cliente hizo su aparición, un hombre con un traje color arena y un sombrero plano Pork Pie en la cabeza. Bert no lo conocía, pero le molestaron las nubes de humo que surgían entre sus labios y el cigarro, y que quedaban suspendidas como espectros bajo la marquesina. Un trozo de ceniza cayó sobre un periódico y emitió un fuerte siseo. El desconocido sonrió a modo de disculpa y tiró el puro.

—Perdón. Ahora tendré que comprarlo.

Bert no respondió con una negativa. Se limitó a hacer una educada inclinación y a tender la mano para recoger las monedas.

El hombre sacudió la ceniza del papel y se colocó el ejemplar enrollado bajo el brazo. Luego deslizó la mirada por los titulares de los diarios *B.Z.*, *Vossische*, *Mottenpost*... Parecía decepcionado.

—¿No sale nada sobre el cadáver del canal?

—¿Cómo dice?

—Ahí, en el canal. ¿No se ha enterado? Han sacado a una mujer del agua. Muerta. Llevaba un tiempo dentro. Supongo que no debe de haber sido una escena muy agradable.

Bert negó con la cabeza.

—No, no sabía nada de eso. ¿Se ha ahogado?

—Se debe de haber suicidado —respondió el desconocido con un gesto de impotencia.

—Pobre mujer...

El hombre no parecía muy preocupado. Una sonrisa ávida de escándalos se le dibujó en los labios.

—Quién sabe, lo mismo un asesino de mujeres vuelve a cometer sus fechorías en Berlín. No sería la primera vez. Y aquí no nos faltan criminales. Sangre, dinero, venganza y esas cosas, ya han perdido muchos la vida por eso. Sobre todo en ese entorno, ya sabe.

—¿Qué quiere decir?

—Esa era una pelandusca —dijo el hombre a la ligera, se dio un golpecito en el sombrero y se marchó.

Bert se quedó consternado. Pero las duras palabras del extraño se disiparon en el cielo azul de la primavera. Contempló atentamente la plaza del mercado para poder asimilar de forma consciente todo lo que veía, como si tuviera que asegurarse de que aquella era su realidad. Los abundantes y multicolores ramos de flores, tulipanes, hortensias, claveles. Los niños que jugaban a empujar con unas varas los aros de hierro sobre los adoquines y gritaban alegres. Quesos cremosos en tinas de madera. Mocosos harapientos y pedigüeños que iban de parada en parada mientras levantaban sus manitas sucias. Y en medio de todo ello, la gorra de Hulda, que había concluido su charla con la panadera y ahora surcaba la plaza y obligaba a un par de palomas a alzar vacilantes el vuelo.

Se detuvo en el café. Bert la vio sentarse en una de las sillas y exponer su rostro al sol. Observó que Felix, con una gorra con

visera de cuero, salía, titubeaba un momento y luego enderezaba la espalda y se acercaba a la mesa de la joven. El vendedor de diarios no alcanzaba a comprender ninguna palabra, solo distinguía la sonrisa de Hulda, en la que parecía aflorar una disculpa, y la mueca forzada de Felix. El joven asintió, giró sobre sus talones y se internó en el local para ir a buscar el pedido. Poco después colocaba una taza de café delante de Hulda. Ella lo cogió por el brazo y Bert percibió el breve inmovilismo de Felix, la duda, antes de liberarse de la mano de la chica y dejarla sola a la mesa. Para Bert se trataba de una especie de huida. Luego apartó la vista, se puso las gafas y se sumergió en la novela de Tucholsky, que leía cuando la clientela no se amontonaba en el kiosco. Trataba de una relación entre dos enamorados en Rheinsberger. El texto era entretenido, escrito con aparente ligereza y de lectura rápida, pero bajo los intrascendentes desatinos de Wölfchen y su amada se vislumbraba a veces el dolor. Bert suspiró de nuevo y se sorprendió de sí mismo. ¿Por qué estaba hoy, con ese día tan soleado, así de melancólico?

## 2

Domingo, 28 de mayo

HULDA SOLTÓ UN improprio. La bicicleta tenía un pinchazo y ella iba ya con retraso. «Qué incordio», pensó. Tendría que ir a pie hasta la casa de la mujer que iba a dar a luz en el barrio vecino. No eran más de diez minutos caminando, pero como había vuelto a dormirse, Lilo Schmidt, una joven con mucho miedo al parto, se pondría nerviosa en caso de que su comadrona no se presentara a la hora convenida. Hulda odiaba decepcionar a las personas que creían en ella. Recordó el dulce rostro de Lilo, los ojos castaños de muñeca, que suplicaban mudos que la ayudara, y sintió unos remordimientos tan fuertes como un dolor de muelas. Sin embargo, no tenía por qué tener mala conciencia, siguió pensando, porque ni siquiera le pagaban por aquellas visitas preventivas. Los seguros médicos no abonaban nada por prestar la polémica asistencia a la maternidad, sino solo por la ayuda en el parto propiamente dicho, cuando las mujeres daban a luz. También, menos mal, por los posteriores cuidados al recién nacido con los que las comadronas ayudaban a las jóvenes madres en los primeros días después del alumbramiento. Y eso porque la gran mortandad infantil parecía preocupar al Estado, pues cada niño muerto debilitaba de forma innecesaria el Cuerpo Nacional. Con el fin de mejorar esa situación insostenible, sobre todo en las ciudades, se habían establecido por todas partes centros de información maternal que asesoraban sobre la

higiene y la alimentación. Sin embargo, nadie respondía a las preguntas y urgencias de las embarazadas antes de dar a luz.

Hulda sabía por propia experiencia que un parto se realizaba con más calma cuando las personas que participaban en él se conocían, así que renunciaba a sus honorarios y visitaba a las familias por cuenta propia. Sentía que su función como comadrona era determinante, que de verdad podía marcar la diferencia, y aquello le daba la sensación de hacer algo útil.

No obstante, los problemas cotidianos se cruzaban en su camino con demasiada frecuencia, como en ese momento el neumático deshinchado.

Malhumorada, agarró el maletín de piel en el que llevaba su instrumental y lanzó a un rincón la bicicleta. Esta cayó contra un cubo de la basura, y un ruido estridente resonó por el silencioso patio. Hulda se mordió el labio y levantó la vista por la pared del edificio mientras enderezaba a toda prisa la bicicleta.

Por la ventana abierta del primer piso, que daba al cuidado patio de la calle, no tardó en aparecer la cabeza de la patrona, con su espléndido cabello blanco enrollado en un sinnúmero de bigudíes.

—¿Señorita Hulda? Por el amor de Dios, ¿se puede saber a qué se debe este estruendo?

Las mejillas le relucían como manzanas, y la indignación le colgaba de la nariz como una bandera. Margret Wunderlich no era una mujer que permitiera hacer ruidos en su querida casa antes de las ocho de la mañana.

Hulda puso a escondidas los ojos en blanco y gritó hacia arriba:

—Le ruego que me disculpe, señora Wunderlich. Se me ha pinchado la rueda de la bicicleta.

—Esa no es razón para armar un escándalo. Y menos aún en domingo —replicó la patrona mientras se ceñía con premura la bata sobre el abundante pecho. En un principio había levantado

las cejas en un gesto reprobatorio, pero luego sus labios dibujaron una leve sonrisa.

—Por esta vez la perdono, señorita Hulda, aunque haya asustado a mi *Mohrchen*. —Señaló un gordo gato negro que estaba sentado junto a ella, impassible, en el pretil de la ventana.

Hulda pensó que no le daba ninguna pena esa bestia que cada dos por tres metía ratas en la casa.

—Por cierto —siguió hablando la señora Wunderlich—, me preocupan sus acrobacias en la bicicleta, querida señorita Hulda. En mi época habría sido inconcebible que nosotras, las mujeres, nos subiéramos a un aparato como ese. Desde el punto de vista médico no es saludable para una joven como usted ir tan abierta de piernas sobre ese duro sillín... Piense en el futuro, cuando... bueno, ya sabe.

Hulda sintió que la invadía la rabia. ¡Como si su patrona, que no había hecho otra cosa en la vida que freír huevos y hacer camas, supiera algo de medicina! Ella sí que podía calificarse, con todo el derecho del mundo, de especialista en la salud de las mujeres, pero a los ojos de la señora Wunderlich no era más que una soltera de profesión dudosa. Y además sin hijos. Se tragó una respuesta mordaz y deslizó de nuevo la cadena de seguridad por el armazón de la rueda, luego por un aro en la pared de la casa, y sacó la llave.

Vivía en la buhardilla desde hacía casi cuatro años y la conocía lo bastante bien como para saber que todavía se le podía soltar más la lengua si se le replicaba. Y no tenía tiempo para discusiones, Lilo la estaba esperando.

—Le alegrará escuchar entonces que hoy voy a ir a pie —dijo, y dirigió una sonrisa encantadora al perplejo rostro de la señora Wunderlich. La saludó con la mano y salió a paso ligero por el acceso del patio a la calle, donde ya no podía alcanzarla la voz de la patrona.

No obstante, Hulda debía admitir que, pese a lo mucho que la molestaba que fuese tan entrometida, la casera cuidaba de



ella. Quizá fuera la única persona del mundo, tal vez a excepción de Bert, el vendedor de periódicos, que estaba interesada en su bienestar. El recuerdo de las acogedoras tardes junto a la estufa de carbón de la cocina de Margret Wunderlich, con un *grog* caliente en la mano y el parloteo de la patrona en el oído, arrancaron una pequeña sonrisa de los labios de la joven.

AUNQUE NO DURÓ mucho, seguía de mal humor. La bicicleta, que con suerte había podido adquirir de segunda mano, constituía para ella la encarnación de la libertad. Volaba con ella por las calles, incluso le permitía adelantar a los coches cuando se quedaban atascados en la Potsdamer Straße en medio de un concierto de bocinas, y durante un tiempo dejaba sin vigor las leyes del tiempo y el espacio. E incluso las de género, pues, en efecto, eran pocas las muchachas que la utilizaban, y eran sobre todo los varones que trabajaban quienes adquirían una. Le había costado el sueldo de varios meses, pero cada uno de los marcos invertidos en ella había valido la pena. Ahora tendría que volver a ponerle un parche, una tarea que detestaba, sobre todo porque se había esforzado en manejarla. De hecho, había sido Felix quien le había enseñado cómo reparar la cámara de una rueda, y pensar en él no le sirvió en absoluto para levantar los ánimos.

Aligeró el paso, cruzó la Potsdamer Straße con sus tabernas y comercios: barberías, licorerías y tiendas de ropa de mujer. Sorteó hábilmente automóviles, carros de caballo y ómnibus amarillos de dos pisos, y prosiguió la marcha hacia la Dennewitzplatz. Allí se alzaban las altas fachadas de las viviendas obreras, que absorbían la luz del sol de primavera. A la izquierda de Hulda pasó traqueteando el tren elevado de la línea A sobre el trazado de hierro pintado de rojo y gris, y desapareció en la casa de la Bülowstraße 70. Para hacer posible que el tren

podiera circular en línea recta rumbo al centro, se había abierto un boquete en la fachada. El monstruo de los raíles se introducía como una serpiente de metal a través del edificio, casi con garbo en medio de tal abominación. «Que se perfore una vivienda porque se cruza en el camino del progreso solo puede ocurrir en Berlín», pensó sonriendo Hulda.

Delante de las Akademische Bierhallen, a pie de calle, unos hombres descargaban de un carruaje unos toneles procedentes de la fábrica de cerveza Viktoria para que la popular cervecería pudiera servir su jarra de cerveza más tarde, al salir del trabajo, a los sedientos berlineses. A los obreros se habían unido dos niños de la calle que querían añadir unas monedas a lo que habían obtenido mendigando. Un chico alto y rubio, con rasgos infantiles, se tambaleó bajo un barril, pero consiguió cargarlo hasta la entrada. Se apartó sudoroso un par de mechones de la cara. Hulda pensó que tenía una fuerza sorprendente para su edad. Una niña con el cabello desgredado y la ropa tiesa de mugre esperó el momento adecuado para robar un panecillo que había quedado en el coche y escapó con un aullido triunfal, al tiempo que se metía en la boca su botín en plena huida, mientras los trabajadores la amenazaban con el puño sin demasiada convicción.

Hulda se alegró por la pequeña, aunque la imagen de los rostros infantiles hambrientos, que le recordaban a los monitos del zoo berlinés, le encogía el corazón. Apartó la vista y entró en la casa vecinal, una construcción angosta con tres patios de luces en fila en los que se acumulaba la basura y las ratas se deslizaban entre las inmundicias. En uno de los muros cortafuegos alguien había pintado con torpeza en color blanco: «¡Palmadla, judíos!». Y al lado: «¡Judíos del Este, fuera de la tierra alemana!». Apeataba a carbón de leña y a los retretes, situados en los oscuros descansillos y compartidos por varios inquilinos. Hulda sabía que las enfermedades tenían predilección por ese tipo de casas

y que asaltaban a los habitantes que vivían apiñados en las húmedas viviendas expuestas a las corrientes de aire. Aquella gente a menudo dejaba que algún extraño durmiera en la cocina a cambio de un pequeño óbolo con el que contribuir al alquiler, y no había ni luz ni aire suficiente para todos. Desde la guerra, la escasez de viviendas en Berlín iba en aumento, y Schöneberg estaba, literalmente, lleno hasta los topes.

Hulda subió los estrechos escalones del ala lateral y tuvo que pasar por encima de un trabajador a turnos que roncaba tendido en un colchón en medio de la escalera. Oyó que unos pasos procedentes de lo alto se acercaban con velocidad, y una niña flaca, con el rostro afilado y unas trenzas de un rubio cobrizo alrededor de la cabeza, había intentado abrirse camino empujándola a un lado. Debía de tener unos quince años. El vestido andrajoso y el pequeño hatillo que apretaba contra sí indicaban que no tenía alojamiento fijo en el edificio, sino que era probable que hubiese pasado esa fría noche de primavera ovillada en el rellano. Por un instante la jovencita la miró a los ojos, y Hulda leyó en ellos el miedo y la rabia de aquella criatura en apuros.

Hulda la agarró del brazo con decisión y notó los huesos puntiagudos, consecuencia de un largo período de desnutrición.

—Espacio, chica —le dijo—. ¿Tienes hambre?

La pelirroja la miró con desconfianza y asintió con cautela. Hulda rebuscó en el bolsillo del abrigo, donde había metido una manzana al salir de casa con prisa, y se la tendió a la niña, quien miró la fruta con avidez y se la guardó en la mugrienta bata antes de apartar a Hulda sin decir palabra y seguir bajando a toda prisa por la escalera.

La comadrona movió la cabeza. La asistencia a los pobres en la ciudad abarrotada no funcionaba en absoluto. ¡Cuánto la enfurecía eso! El país seguía lamiéndose las heridas de guerra, y el erario público apenas tenía para pagar las reparaciones de la contienda. A ello se añadía la inflación que cada día devaluaba

más de prisa la moneda. Veía que día a día aumentaba el número de niños sin techo que holgazaneaban por la calle. Y tenía que reprimirse para no ayudarlos a todos. Pero su tarea consistía en ocuparse de los niños no nacidos que iban a salir a la mortecina luz de aquel mundo tan inseguro.

Apretó el paso escaleras arriba y llamó a casa de los Schmidt. Con el rabillo del ojo vio que la puerta de enfrente estaba sellada con una cinta. Parecía como si la policía hubiese clausurado la vivienda. Se encogió de hombros y esperó a que apareciera el dulce rostro infantil de Lilo por la puerta. Pero en lugar de ella, abrió Wolfgang, el marido. La tez del joven obrero estaba macilenta, y la sombra de la barba le cubría las mejillas y la barbilla.

—Señorita Hulda —dijo con un marcado acento berlinés, y sus ojos fatigados centellearon—. Entre. Lilo está muy nerviosa, tenía miedo de que no viniera.

—Por supuesto que sí, le pido que me disculpe. Por desgracia, esta mañana me ha surgido un problema con la bicicleta y he tenido que venir a pie.

—¿La cámara?

Hulda se encogió de hombros.

—En cualquier caso, está deshinchada.

—Si me la trae después, le echaré un vistazo. Acabo de terminar mi turno y quería echar una cabezada en la cocina. Pero por la tarde, antes de que me vuelva a marchar, le puedo dar un repaso.

Hulda hizo un gesto de rechazo.

—Muy amable por su parte, pero yo misma lo haré. Usted necesita dormir y, cuando disfrute de un poco de tiempo libre, tendrá que echar una mano a su esposa en lugar de reparar la bicicleta de la comadrona.

—Qué va, lo haré encantado —replicó Wolfgang, rascándose avergonzado la cabeza—. Si ni siquiera podemos pagarle como es debido.